

# 1



## *La sonrisa*

El coche de Neymar da Silva Santos Sênior llegó a lo alto de la montaña y enfiló cuesta abajo. Su mujer, Nadine, ocupaba el asiento del acompañante y su hijo, Neymar da Silva Santos, todavía un bebé, iba en un capazo sujeto al asiento trasero. Cuando Neymar Júnior nació, pasaron a llamar *Pai* al padre y *Juninho* al hijo. En portugués *Pai* quiere decir «padre», y *Juninho*, «hijo». Habían emprendido viaje desde su casa en Mogi das Cruzes, localidad situada al este de São Paulo, para ir a ver a los padres de Pai, que vivían en la costa.

A Pai le gustaba la lluvia. Supuso que no tardarían mucho en llegar, porque la tormenta disuadiría a la gente de salir de casa. Sus padres vivían en São Vicente, en una casa que él les había comprado con el dinero ganado como futbolista profesional. También se había comprado un coche para él. *Ese* coche.

Iba pensando en el partido que acababa de jugar. Había anotado un tanto para su equipo, el Uniao Mogi. Nadine y Juninho lo habían visto jugar desde las gradas. Después del encuentro, un niño del barrio, conocido suyo, corrió hacia él con un balón, le pidió un autógrafo y le dijo que, en su opinión, era el mejor futbolista del mundo. Pai se conmovió. Dijo al niño que tenía la esperanza de que su hijo Juninho heredara su destreza en el campo.

Mientras descendían por la carretera, cada vez a mayor velocidad, Pai vio que un coche venía de frente por su mismo carril y se le aceleró el pulso. Hizo señales con las luces largas, pero llovía de tal modo que el otro conductor no las vio hasta que ya era demasiado tarde. Pai dio un volantazo hacia el arcén de la carretera a la vez que pisaba a fondo el acelerador con la esperanza de esquivar al otro coche, pero como llevaba puesta una marcha corta, no lo logró.

El otro coche los embistió de costado, contra el lado del conductor, comprimiéndole a Pai las piernas en una posición forzada. Pai dejó escapar un alarido de dolor. Nadine chilló. Inmovilizado en el asiento, Pai intentó en vano controlar el coche mientras derrapaba y, dando trompos, iba a detenerse junto a un escarpado precipicio, quedando casi suspendido en el borde. La lluvia entraba a raudales por el parabrisas roto y le mojaba la cara. Intentó moverse, pero un dolor espantoso le recorrió todo el cuerpo. Lo primero que acudió a su cabeza fue su hijo, que estaba en el capazo sujeto al asiento trasero.

—Juninho —susurró, casi incapaz de hablar.

Pai no se sentía las piernas. ¡Juninho! ¿Dónde se hallaban? Miró hacia Nadine, que permanecía sujeta al asiento gracias al cinturón de seguridad, y la vio despertar con un parpadeo. Movié un poco la cabeza y cayó en la cuenta de dónde estaban. Nadine gimió.

—¡Nadine! —gritó para despertarla del todo. No oía a su hijo. Oía sólo la lluvia.

Nadine gimió y abrió los ojos. En un gesto instintivo, trató de volverse para ver cómo estaba su hijo, pero no pudo.

—Juninho —murmuró semiinconsciente. Su hijo tenía que estar allí, pero no estaba. Presa del pánico, intentó otra vez volverse, pero el dolor se lo impidió. Ahogó una

exclamación al verse los brazos cubiertos de magulladuras. Había esquivado de cristal por todas partes.

Juninho había desaparecido.

Pai sintió que se le saltaban las lágrimas. Musitó una plegaria rogando a Dios que se lo llevara a él, y no a su hijo.

—Me muero —susurró con los dientes apretados. Creía que aquello era el final. Nadine no contestó.

Nadine entraba y salía del estado de inconsciencia.

—Juninho —repitió. El dolor era atroz.

Al comprender que su marido no podía moverse, empujó débilmente la puerta con el hombro. No cedió: el marco se había deformado y la puerta estaba atascada. Consiguió mirar por la ventanilla hecha añicos. El coche, al borde del precipicio, colgaba sobre un profundo cañón. Lanzó un grito.

—Por detrás —indicó Pai con un hilo de voz.

El coche chirrió y se balanceó. Pai sintió que el dolor se le propagaba por las dos piernas. Temía que, si se movía demasiado, el coche rodara y perdiera el precario equilibrio en que se hallaba, precipitándose al vacío.

—Por la ventana de atrás —consiguió decir.

Nadine descubrió que podía moverse un poco en el comprimido espacio en el que estaba atrapada. Asintió y, tras liberar las piernas, pudo por fin ver bien el asiento trasero. El capazo de Juninho había caído al suelo, pero no vio dentro a su hijo. Las lágrimas le bañaban las mejillas. La luna trasera había desaparecido por completo. Recorrió la carretera con la mirada, pensando lo impensable: su hijo estaba allí, en algún lugar, en medio de la calzada.

—¿Hay algún herido? —preguntó una voz desconocida, al parecer desde muy cerca.

Pai miró a Nadine. ¿Quién había hablado? Al volverse, vio a un hombre mirar por la ventanilla próxima a Nadine.

—¿Puede moverse? —preguntó el hombre.

—No —consiguió contestar Pai.

El hombre corrió hacia la parte trasera del coche, evaluó la situación desde el lado del precipicio y volvió a centrar la atención en Nadine.

—Deprisa. Venga hacia aquí —dijo con una seña—. Tengo que sacarla de ahí.

Nadine asintió y, tras pasar a la parte de atrás por encima del respaldo del asiento delantero, salió por la ventana trasera.

El coche volvió a chirriar y un poco de tierra se desprendió del borde y cayó hacia el fondo del cañón. Unas cuantas piedras se precipitaron hacia el trazo verde del río, mucho más abajo.

El hombre la ayudó a salir para ponerla a salvo y la llevó a toda prisa al otro lado de la carretera, donde la dejó sentada en el terraplén. Acto seguido, volvió al coche a todo correr en busca de Pai.

—No se mueva —dijo el hombre—. Mi mujer se ha ido en el coche a buscar una ambulancia.

—Mi hijo —consiguió susurrar Pai.

El hombre abrió mucho los ojos.

—¿Hay un niño ahí dentro?

Echó una ojeada al asiento trasero. El capazo estaba volcado y cubierto de cristales rotos. Corrió hacia el lado del acompañante y dio un enérgico tirón a la puerta. No cedió. Agarró firmemente la manija y, afianzando bien los pies en el suelo, tiró con todas sus fuerzas. La puerta se abrió con un sonoro chirrido. El hombre se abalanzó hacia el asiento trasero y revolvió entre los cristales rotos y las mantas allí tiradas buscando al niño. Respiró hondo. Y cuando retiró las manos de debajo del asiento trasero, tenía en ellas a Juninho, con el rostro manchado de sangre.

—¡Lo he encontrado! ¡Y está vivo!

Pai sintió que se le relajaban todos los músculos del cuerpo.

El hombre, con su propia camisa, limpió a Juninho la sangre de la cara y vio un pequeño corte en la frente, justo encima de la ceja. Parecía una coma invertida. Presionó la herida con la tela y al cabo de un momento dejó de sangrar.

—Llévelo con su madre —pidió Pai con la respiración entrecortada—. Por favor.

El hombre miró al niño que sostenía en brazos, y Juninho le sonrió. Él le devolvió la sonrisa y se apresuró a llevárselo a Nadine.

Cuando Nadine vio a su hijo, se puso en pie de un salto con una mueca de dolor. Pero no por eso dejó de tender las manos y coger a su hijo de los brazos de aquel hombre.

—Dios lo bendiga, Dios lo bendiga —repetía una y otra vez, sollozando, y estrechó a su hijo contra su pecho.

—A esta criatura sí la ha bendecido Dios, eso sin duda —afirmó el hombre—. Por cierto, tiene su misma sonrisa.

Nadine enmudeció de la emoción y sonrió, otra vez con lágrimas en los ojos.

—Gracias —dijo.

Paró de llover, y oyeron a lo lejos la sirena de una ambulancia que se acercaba. Nadine cerró los ojos en un esfuerzo para contener el dolor.

—Me quedaré con usted hasta que llegue la ambulancia —se ofreció el salvador, y se sentó a su lado.

Pai oyó dos cosas: primero, la voz débil de su mujer, que hablaba con el hombre al otro lado de la carretera; luego la sirena de la ambulancia. Cerró los ojos. «Todo acabará bien», pensó.

## 2



### *De mago a mago*

El fútbol brasileño no es sólo un deporte; es una forma de vida, una pasión, un amor incesante por la vida, la hermosa danza de toda una nación, una nación a la que le gusta regocijarse y expresarse al ritmo de la samba y el fútbol.

La selección brasileña de fútbol, la *Seleção*, es el combinado nacional que más veces ha conquistado la Copa del Mundo de la FIFA a lo largo de la historia del torneo. La ha ganado en cinco ocasiones: en 1958, 1962, 1970, 1994 y 2002. También es la que más veces se ha alzado con la Copa FIFA Confederaciones, cuatro en total. Cada década, Brasil da a conocer al mundo a sus mejores jugadores, y éstos, por su parte, llevan el toque y el genio brasileños a los mejores clubes del mundo. Pelé, el orgullo de Brasil, es considerado el mejor futbolista de la historia. Además, estrellas brasileñas como Garrincha, Zico, Tostão, Romário, Ronaldo y otros muchos han dejado su huella eterna en el mundo del fútbol.

La música y el gusto por este deporte corren por los ríos de Brasil y por las venas de su población. En Brasil, el fútbol no se reduce a una cuestión de eficacia y táctica; también intervienen la alegría y la belleza. En Brasil, el fútbol, además de ser una forma de vida, es un arte.

Para Pai, como para muchos brasileños, jugar era como respirar. Anhelaba volver al terreno de juego, pero sus lesiones se lo impidieron durante más de un año. De hecho,

su hijo, Juninho, que nació el 5 de febrero de 1992, empezó a caminar antes que él.

Pocos meses después del accidente, sin trabajo y sin dinero, Pai trasladó a su familia a la casa de sus padres en Nautica 3, un barrio de clase media baja de São Vicente: la casa a la que se dirigían en el momento de la colisión. Su padre, Ilzemar, era mecánico, y acogió a Pai en el taller para que trabajara con él hasta que se recuperara. Jugar al fútbol quedaba descartado, y Pai sabía que debía renunciar a la pasión de su vida por un tiempo. Ahora lo más importante era ganarse la vida y mantener a su mujer y a su hijo.

Los vecinos los ayudaron en la mudanza. Pai dirigió la operación sentado en su silla, en medio del salón, que era la habitación más amplia de la casa y la que ellos ocuparían. Los vecinos colocaron los muebles siguiendo sus instrucciones.

—La cama va contra la pared. Luego hay que poner la cómoda a los pies y el armario a un lado, dejando una especie de pasillo entre la cama y los otros dos muebles —indicó a los vecinos—. Lamento no poder echar una mano —se disculpó desde su silla en el centro de la habitación—. Pero aún no puedo caminar.

Uno de los vecinos lo interrumpió.

—Se preocupa usted demasiado, señor Neymar —comentó—. El señor Izelmar ya me lo ha contado todo. Sé que usted compró esta casa con el dinero que ganó en el fútbol.

—Para eso está la familia —dijo Pai mientras observaba a sus amables vecinos colocar los muebles en la habitación.

—Y para eso estamos los vecinos —repuso el hombre.

No tardaron mucho en acabar, y Pai ya estaba jugando con su hijo de un año.

—¡Ven con papá, Juninho! —dijo Pai a la vez que le tendía un balón de fútbol.

Juninho entró gateando en la habitación y se detuvo. Larguirucho y delgado, tenía una oscura mata de pelo, tez morena y ojos de color avellana de mirada penetrante. Apenas se le veía la pequeña cicatriz en forma de coma sobre la ceja, vestigio del fragmento de cristal que se le había clavado en el accidente. Nada más ver el balón, gateó rápidamente hacia él. Ya ante su padre, se irguió y, alargando los brazos, emitió un sonido que no requería traducción: ¡dame el balón! Se rió cuando su padre hizo amago de dárselo y lo retiró.

Al final Pai entregó el balón a su hijo. Cuando miró a Juninho, se acordó de que su padre, Ilzemar, al principio no veía con buenos ojos que él quisiera ganarse la vida en el fútbol profesional. Su padre siempre decía: «Primero búscate un trabajo de verdad. Ya jugarás al fútbol después». Pai, en cambio, tenía otros planes para Neymar Júnior. Animaría a Neymar a jugar. ¿Quién sabía? Tal vez lograra lo que su padre no había conseguido. Era un sueño que valía la pena perseguir, pensaba Pai, y se prometió a sí mismo intentarlo por todos los medios.

Un día, pasados un par de meses, Juninho se puso en pie, se acercó tambaleante a su padre, sentado éste en su silla y cogió el balón de sus manos con una gran sonrisa. De pronto se cayó de culo y el balón se le escapó de las manos. Todos se echaron a reír, incluidos los abuelos, que observaban con Nadine desde el porche.

Pero cuando Pai intentó levantarse de la silla para ayudar a su hijo, Nadine lo detuvo con un gesto.

—Ah, no, tú no te muevas.

Se acercó, levantó a Juninho del suelo y le sacudió la ropa.



Juninho enseguida volvió a coger el balón.

Pai sonrió a su mujer y, al sentarse, gimió de dolor, aún convaleciente de la lesión de cadera.

—¿Cómo voy a volver al terreno de juego si ni siquiera puedo ponerme de pie?

—Ya no volverás —declaró Nadine con su habitual franqueza, y entró en la casa con Ilzemar y la abuela.

—Eso te crees tú —repuso él cuando ya no lo oían.

Nuevamente intentó levantarse y mantener el equilibrio. Logró permanecer en pie por primera vez desde hacía varias horas. Orgulloso de sí mismo, dio un paso vacilante y bajó la mirada.

Juninho, de pie ante él, lo miraba. Cuando vio que su padre avanzaba un paso, sonrió y batió palmas, soltando el balón otra vez.

Pai se rió. Al reírse, le dolió, pero no le importó. Tendió una mano hacia atrás, cogió la silla, se la acercó y se sentó. Lanzó una mirada fugaz a su alrededor para asegurarse de que no lo habían visto ni Nadine ni sus padres. Alargó los brazos hacia su hijo, y Juninho se acercó y se encaramó a su regazo.

—Si yo no puedo jugar al balón —dijo Pai estrechando con fuerza contra su pecho a su hijo de un año—, te enseñaré a jugar a ti.

Pasaron varios meses, y mientras Pai se recuperaba lentamente de sus lesiones, su hijo seguía creciendo y los dos conseguían mantenerse de pie cada vez con mayor estabilidad. Un día Pai, apoyado en un bastón, lanzó el balón a su hijo por el suelo desde un extremo de la pequeña sala de estar. Juninho lo paró expertamente con el pie.

—¡Bien! —lo jaleó Pai.

Juninho le sonrió y se le iluminaron los ojos. Le devolvió el balón a su padre con un pase certero. Su padre lo recibió.

Sintió una ligera punzada en la cadera, pero cada día le dolía un poco menos. Apartó el pie del balón y lo devolvió golpeándolo con el bastón. Juninho aplaudió.

—¡Mío! —exclamó Juninho, y tendió la mano hacia el bastón de su padre. Él también quería probarlo.

Pai se echó a reír y movió la cabeza en un gesto de negación.

—¡No, no, no, no! ¡Nada de manos! Yo no puedo usar los pies todavía, por eso uso el bastón. ¿Crees que lo uso por gusto? —preguntó, blandiendo el bastón hacia el pequeño.

Juninho se limitó a reírse.

Otro día, Juninho jugaba frente a la puerta trasera y su balón preferido se le fue hacia el interior de la casa. Rodó hasta la cocina, y corrió tras él para cogerlo antes de que lo alcanzara su madre.

—¡Como vuelva a ver el balón aquí dentro, te lo comerás en la cena! —vociferó ella. Juninho se quedó preocupado. Era su balón preferido. ¿Cómo iba a comérselo? La idea lo horrorizó, sobre todo porque una vez lo había lamido para ver a qué sabía y tenía un sabor espantoso: a hierba, tierra y cualquier otra cosa por la que hubiera rodado.

Pai atravesó la habitación con ayuda de su bastón.

—Vamos afuera, Juninho. Jugando aquí dentro, mareamos a tu madre.

Juninho estrechó el balón contra su pecho. Su padre apoyó una mano en su hombro y lo condujo hacia la puerta delantera. En la calle siempre se podía jugar un partido, aunque jugaran ellos dos solos.

Pai apenas hablaba del tema, ni siquiera con Nadine, pero para él en ese momento lo más importante en la vida

era enseñar a su hijo el lenguaje del fútbol. Tenía mucho que ofrecer y daba gracias a Dios por haber conservado la fe intacta después del accidente, pese a que estuvo un año sin poder caminar. En el fondo de su corazón sabía que volvería a jugar, pero ese momento llegaría cuando lo decidiera Dios, no él. Mientras tanto, enseñaría a su hijo todo lo que sabía sobre ese hermoso deporte.

### 3



## *Fútbol entre cuatro paredes*

—¡Juninho saca de banda! —exclamó Juninho, y lanzó el balón hacia el interior de la habitación. No sólo era el jugador, sino también el comentarista. El balón rodeó la cama y recorrió el estrecho pasillo, rozando la línea de banda, formada por el armario. Lo controló con la izquierda, se lo pasó con destreza al pie derecho y, driblando, llegó al extremo de la cama y chutó. El balón atravesó la cocina y salió por la puerta trasera.

—¡Gooooool! —exclamó, brincando con los brazos extendidos, y después alzó uno de ellos en un gesto triunfal. Nadine estaba en la cocina. Había renunciado hacía tiempo a contener el furor de su hijo cuando jugaba al «fútbol entre cuatro paredes».

Los abuelos ocupaban el dormitorio, y Pai, Nadine y Juninho el salón, donde disponían de una sola cama para todos, circundada por el armario y la cómoda a modo de tabiques. Cuando nació Rafaella, la hermana de Juninho, la cama se les quedó aún más pequeña y el alboroto era continuo.

La cama de matrimonio estaba pegada contra la pared. A los pies de la cama quedaba un hueco entre ésta y la cómoda, una especie de estrecho pasillo. Al otro lado de la cama, el armario delimitaba la habitación como si fuera otra pared, quedando un hueco similar entre ambos

muebles. Así se formaba un pasillo desde la pared real de la casa, que recorría el hueco a los pies de la cama, trazaba un recodo al llegar al armario, seguía a lo largo de la cama y terminaba en el cabezal: un largo pasillo en forma de ele. Para Juninho, representaba un espacio donde jugar. Driblaba con el balón de un extremo del pasillo a otro, luego lo pisaba y desandaba el camino a toda velocidad. Arriba y abajo, por ese espacio tan reducido, regateaba y practicaba sus movimientos, una y otra vez, hasta perfeccionarlos.

—¡La chilena! —exclamaba. Se dejaba caer en la alfombra de tupido pelo y golpeaba hacia atrás el balón, que iba a parar a la cama, entre otras varias pelotas. Juninho daba un espectacular salto y aterrizaba en la cama, dispersando su colección de balones de fútbol en todas direcciones.

—¡Penalti! —gritaba.

A continuación contemplaba los veintitantos balones que botaban por la habitación, unos gastados, otros relucientes, unos grandes, otros pequeños. Fruncía el entrecejo.

—¡Lo siento, amigos! —decía, y corriendo por la habitación los recogía y volvía a colocarlos en la cama. Siempre se quedaba con uno. Nunca iba a ningún sitio sin un balón.

Pai trabajaba en el taller de su padre en las afueras de la ciudad. Pero el negocio no iba bien debido a la situación económica del país.

—Hay poca actividad en el taller, y mi padre piensa que debo buscar otro empleo —comentó a Nadine a la hora de la cena, sentados ambos a la mesa con Juninho y la pequeña Rafaella.

—Yo también quiero ayudar al abuelo —dijo Juninho.

—Tú no necesitas trabajar —contestó Pai, y señaló a su hijo con el tenedor—. Eres sólo un niño. Tu trabajo es jugar.

Juninho se detuvo a pensar por un momento y sonrió.

—Sí, papá —convino él, y ensartó otro trozo de comida con el tenedor.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Nadine a su marido.

—Un cliente del taller... ¿Te acuerdas de aquel al que se le averió el carburador? —dijo Pai.

—Sí, ¿cómo no me voy a acordar? —respondió Nadine, en broma. No tenía ni idea de quiénes eran sus clientes.

—Bueno, da igual —prosiguió Pai—. Me ha dicho que hay una vacante en la Compañía de Ingeniería del Transporte de Santos. Necesitan un mecánico. Voy a solicitar el puesto.

—¡Estupendo! —exclamó Nadine—. Eres un buen mecánico. Tendrán suerte si trabajas para ellos. ¿Pagan bien?

Pai se encogió de hombros.

—Lo mismo que todos. El salario mínimo. Así que cuando consiga el puesto, no nos alcanzará, y tendré que buscar otro empleo.

Nadine se echó a reír. No le extrañaba. Aunque en esa zona de Brasil no había paro, los sueldos eran muy bajos. La mayoría de la gente a la que conocían tenía tres empleos sólo para llegar a fin de mes. Y ahora que había nacido Rafaella, Neymar Sénior debía arrimar el hombro para alimentar a toda la familia. Sus hijos no pasarían hambre mientras la salud le permitiera trabajar.

Al cabo de un par de días, Pai estrechaba la mano al capataz de la Compañía de Ingeniería del Transporte de Santos.

—Necesitamos un mecánico con su experiencia —explicó el capataz.

—Soy el hombre que buscan —respondió Pai.

A continuación el capataz dejó caer un comentario curioso.

—Cuentan por ahí que juega usted muy bien al fútbol.

Pai se preguntó cómo se habría enterado, y cayó en la cuenta de que allí las noticias volaban, sobre todo cuando se trataba de cuestiones de fútbol.

—Es verdad que me gusta el fútbol —reconoció Pai—. No soy un crack, pero sí se me daba bien en mis tiempos.

—Magnífico. Necesito alguien con quien hablar del tema —dijo el capataz—. Puede empezar mañana mismo. —Se disponía ya a marcharse, pero de pronto se dio la vuelta—. Por cierto, yo también tengo dos empleos. —Sonrió y volvió a entrar en el edificio.

A Pai le cayó bien. Tras esperar en el bordillo de la acera a que pasara el tráfico, cruzó la calle con cuidado. Había visto un anuncio en una tienda. Cuando se acercó, leyó el anuncio en la puerta. Buscaban un comercial. Era una tienda de depuradoras de agua.

Entró y se ofreció para el empleo. Debió de inspirar confianza a los propietarios, porque, al salir, era ya comercial de la tienda. Vendería filtros de agua de Panasonic de puerta en puerta. Estaba siendo un buen día. Tenía ya tres empleos, y con eso esperaba poder mantener a su familia. De camino a casa compró fresas, que le encantaban a Nadine. Cuando se las ofreció a su mujer y le anunció que había conseguido dos empleos, ella le dio un beso.

«Fútbol entre cuatro paredes» era un juego divertido, pero con el tiempo Juninho empezó a aburrirse de jugar solo. Para que le pareciera más real, necesitaba a otros niños. Necesitaba una portería y un equipo rival. Pidió, pues, a su madre que invitara a sus primas a casa para poder jugar con

ellas. En cuanto llegó su prima Jennifer para cuidar de su hermana de dos años, Rafaella, la convirtió inmediatamente en uno de los postes de la portería.

A sus primas Lorryne y Rayssa, que aparecieron pocos minutos después, les asignó el papel de equipo contrario. Y como ninguna sabía jugar, imaginó que eran defensas. Juninho, con sus grandes conocimientos en cuestiones de fútbol, decidió que Rafaella tenía ya edad para hacer de poste. Las tres primas se pusieron las camisetas de distintos equipos de fútbol locales. Rafaella parecía ahogarse en la suya, por lo grande que era, cuatro tallas más de la que le correspondía. Juninho, después de examinar los equipos y el terreno de juego, se dio por satisfecho. «Fútbol entre cuatro paredes» ya no volvería a ser lo mismo.

Los tíos y los abuelos, tomando zumos fríos y charlando en el jardín trasero, no tenían ni idea de lo que ocurría dentro.

Juninho, en el salón, salió al terreno de juego y, en su imaginación, la multitud lo ovacionó.

Lorryne y Rayssa se rieron, pero no se atrevieron a moverse.

Jennifer se quedó quieta como un poste, cumpliendo a la perfección su papel. Inexpresiva, mantenía la mirada fija al frente, pero por dentro se partía de la risa. Rafaella sonrió a Jennifer y se acercó a ella, pero Jennifer volvió a llevarla a su posición de poste izquierdo.

Juninho esquivó a Lorryne y Rayssa y las superó. Cuando ellas se echaron a correr, él, pícaramente, forzó una falta.

—¡Penalti! —gritó Juninho. Agarró el balón y lo llevó al punto de penalti, que estaba junto al armario. Corrió hacia el balón y lanzó un zurdazo perfecto, y el esférico voló entre Rafaella, entretenida mirándose los zapatos, y Jennifer, que no tenía ni idea de lo que debía hacer.



—¡Gooooooooo! —exclamó Juninho mirando al techo y levantando el brazo repetidamente.

Pai, Nadine, el hermano de Pai, su mujer y los abuelos sonrieron todos al oír a los niños jugar dentro de casa. Juninho adoraba el fútbol, y siempre se lo veía con un balón bajo el brazo. Eso no era raro en Brasil. Millones de niños hacían lo mismo.

Pai, que compatibilizaba como podía sus tres empleos, a duras penas conseguía mantener a su familia, pero sabía que su hijo era especial. Tal vez, algún día, el sueño de Pai se haría realidad y Juninho sería un gran futbolista profesional. Mientras tanto, debían dar gracias por lo que tenían. Podían considerarse afortunados. Observó los rostros sonrientes de su familia alrededor y se sintió feliz.

Pasó otro minuto.

Juninho marcó otro gol, y otro más. No había nada como el «fútbol entre cuatro paredes».